

02 - La Gata Amatista de Nueve Vidas

Josel Gueta

LA GATA AMATISTA DE NUEVE VIDAS



EMPLOYEE OF THE MONTH

Capítulo 1

Sammy Mûre era una camarera conocida por su cálida torpeza. De piel pálida y pecosa, cabello negro y ojos violetas únicos, era una presencia distintiva en "O'nde la Tía," uno de los restaurantes más antiguos y emblemáticos de la ciudad. A pesar de sus frecuentes tropezones, causados por su mente distraída, su amabilidad y disposición para ayudar la habían convertido en una favorita tanto entre los clientes como entre sus colegas, y en especial, con su jefa. Sammy era una figura peculiar, una calamidad visible que siempre llevaba una sonrisa y una disposición para tender la mano a los demás. Con un enfoque optimista, Sammy había aprendido a contrarrestar su mala fortuna innata con una actitud positiva. Esta perspectiva le había permitido abrirse camino como una joven trabajadora e independiente en la bulliciosa ciudad donde vivía hacía casi dos años, desde que cumplió los dieciocho años y se fue de la casa de su familia.

Sammy era muy distraída y soñadora; su mundo interno era vasto, en proporción a los desastres causados por su desairada fortuna. Una vez, en pleno invierno, en un día donde el viento golpeaba todo a su paso y la lluvia inundaba las calles, Sammy tuvo un sueño particular que más bien evocaba una memoria del pasado. Recordaba a su yo más joven corriendo bajo la lluvia en busca de refugio, camino a la casa de su abuela, su antiguo hogar. Entonces un débil maullido la detuvo en seco, haciéndole darse cuenta de que no estaba sola en medio de aquella torrencial lluvia.

Ese pequeño animal abandonado que suplicaba por vivir conmovió a la torpe chica. Se quedó paralizada y empapada, observando al pequeño gatito de apenas unas semanas de vida, de color blanco y con los ojos todavía cerrados. Sammy decidió tomarlo bajo su cuidado; después de todo, amaba los gatos. Lo recogió torpemente con sus manos, intentó secarlo como pudo mientras notaba lo pulgoso que estaba, y lo arropó con sus brazos dentro de su capa de agua púrpura mientras corría por las dos cuadras que faltaban para llegar a su casa.

El sueño de Sammy se vio interrumpido justo cuando iba a llegar a su casa, el sonido abrupto del despertador la sacó de su ensoñación, dejándola aturdida mientras se levantaba para prepararse para su turno nocturno en el trabajo. Le tocaba la semana de cierre, así que entraba tarde y salía aún más tarde, aprovechando al máximo el tiempo que podía acurrucarse en su cama de plaza y media. Esa tarde, Sammy se movía con su usual torpeza, pero el sueño inconcluso la mantenía distraída de sus deberes. Mientras intentaba equilibrar una bandeja con varios platos, su mente seguía atrapada en la reminiscencia.

La Tía, dueña del lugar, observaba desde la cocina. Era una mujer de mediana edad, con cabellos canos recogidos en una coleta simple de

moño negro, y una mirada penetrante que imponía respeto. Su manera de ser era fría, con palabras cortantes y directas que dejaban poco espacio para el error. Desde la cocina, veía a Sammy moverse con su característico desatino, algo que ya había aprendido a tolerar a pesar de los constantes accidentes que esto causaba en el restaurante.

Cuando llegó el inevitable momento en que Sammy dejó caer uno de los platos, rompiéndolo en pedazos, la Tía salió de la cocina, cruzando los brazos.

—Sammy, ¿cómo esperabas que la vajilla resistiera en esas manos tuyas?
—dijo con una voz que no admitía excusas. mmy, con un sonrojo de vergüenza en las mejillas, comenzó a recoger los pedazos del plato roto.

—Perdone, Tía. Creo que ando distraída hoy día, tuve un sueño raro de nuevo —respondió con una temblorosa risa.

La Tía la miró fijamente por un momento antes de soltar un suspiro.

—¿De nuevo, ah? Deja eso, no quiero que te cortes. Ve a buscar otro plato y sigue sirviendo.

Y, por favor, intenta no hacer más caos —ordenó, su tono firme, pero con una leve inflexión de preocupación.

Justo cuando Sammy se levantaba para irse, la Tía la detuvo.

—Antes de que te vayas, asegúrate de sacar la basura. No quiero que se quede aquí oliendo mal por la noche —añadió, sin dejar espacio para respuestas.

Sammy asintió rápidamente y se apresuró a cumplir las órdenes. Cuando salió a sacar la basura, notó que el viento y la lluvia se habían detenido por un momento, dejando un ambiente tranquilo y húmedo. Sin embargo, mientras caminaba por el suelo mojado, tropezó y cayó, mojándose con el agua estancada. Mientras Sammy se trataba de levantar, se rio de su desgracia, al ver como algo, en la oscuridad al fondo del callejón, se acercaba a ella elegantemente, meneando su cola, en un extraño brillo purpura.

Sammy se encontró con un gato callejero maullando por comida. Era de un pelaje blanco pero harapiento, y de unos ojos negros que aun así resplandecían- en la oscuridad. Sintiendo una inexplicable nostalgia por la criatura, Sammy rápidamente botó la basura en los cestos, y, reteniendo al minino, se acercó a él con algunas sobras. Sin embargo, como era de esperar, tropezó con una caja y cayó, esparciendo la comida por todas partes. El gato, en lugar de huir, se acercó con una calma inquietante y

frotó su cabeza contra la mano de Sammy.

El encuentro con el gato callejero fue sorprendentemente cálido. Sammy sintió una conexión inexplicable con el animal, una sensación que la remontó al pasado, a sus sueños. Sin embargo, el momento de ternura se rompió abruptamente cuando el gato la mordió lo suficientemente fuerte para hacerla sangrar en la mano izquierda. Sin embargo, en un acto bizarro, casi como gesto casi ceremonial, el felino dejó caer un objeto de brillo extraño sobre la herida, mezclándose un poco con la sangre.

Al observarlo bien, era un anillo de plata adornado con una fila de piedras preciosas púrpura, que parecían ser amatistas. Las piedras, incrustadas a lo largo del anillo, formaban una banda continua de nueve piezas, cada una con un corte facetado que reflejaba la luz con un brillo especial. El diseño del anillo era elegante y simple, una pieza delicada que desprendía una elegancia discreta, muy acorde con el estilo de Sammy.

Desconcertada por el inesperado regalo, Sammy se giró hacia el gato blanco, solo para verlo desaparecer en la oscuridad del callejón. Sorprendida y perpleja, recogió el anillo, que emitía un brillo suave bajo la luz de la farola, y lo guardó antes de entrar al restaurante. Decidió omitir la parte del anillo al contarle a la Tía que un gato callejero la había mordido mientras le daba sobras, guardándolo en el bolsillo de su delantal negro.

Intrigada, Sammy se preguntó qué podría significar ese extraño encuentro. Había algo en el gato que le resultaba familiar, pero aún no lograba recordar todo. La Tía notó rápidamente lo distraída que estaba Sammy: trapeaba erráticamente en la dirección contraria, desengrasaba torpemente la freidora y olvidó meter los vegetales al congelador. Sus colegas también se dieron cuenta de que estaba más despistada de lo habitual, así que, para evitar problemas, decidieron enviarla a casa antes de que causara algún daño, ya sea a algo, a alguien o a sí misma.

Sammy, sorprendida pero aliviada, aceptó la propuesta.

Mientras guardaba sus cosas, se dio cuenta de que aún tenía el anillo en el bolsillo del delantal.

No se percató de que la Tía la observaba desde atrás y, al verla, comentó:

—Sabía que habías recogido algo por ahí. Límpialo y guárdalo, no me interesa. Pero ese delantal te lo llevas para lavarlo. Lo quiero limpio para el viernes. Decidí darte mañana libre.

—Gracias, Tía. Que duerma bien, creo que yo también quiero —respondió

agradecida la torpe chica.

—Por nada, niña. Descansa —contestó la Tía, mientras la veía irse. Se sentía preocupada porque Sammy llegara bien a casa, pero aliviada de que, sin su presencia, el tiempo de cierre se reducía en un quince por ciento, según datos comprobados por sus colegas, quienes apostaban cuánto demoraban en cerrar cuando le tocaba turno a Sammy.

Más tarde, esa noche, tras llegar a casa y tratar su herida, Sammy se acostó en la cama observando el anillo de amatista. Hacía unos meses había estado buscando uno similar para comprar, pero no lo encontró en ninguna joyería. Por eso, se quedó extrañada por lo surrealista de la situación, incluso para alguien tan distraída como ella. No podía sacarse de la mente la forma del anillo, ya que coincidía exactamente con el diseño que había imaginado.

Este enigmático presente solo fatigó más la mente de la joven, llevándola al sueño tras una jornada rutinaria y agotadora.

Con el anillo firmemente guardado entre sus manos, Sammy se durmió solo para continuar su sueño la llevó a un recuerdo de años atrás, cuando llegó a casa con el gatito abandonado en sus manos. Su madre y abuela se enojaron con ella al principio, le dijeron que ella era alérgica a los animales y que no podía tenerlos, pero ella les suplico no echarlo, menos en una noche de tormenta, mostrándoles al gatito con sus dos manos para que se conmovieran, las convenció de tenerlo unos días hasta que se pudiera recuperar y entonces regalarlo.

Aceptando las condiciones, Sammy acogió al minino y cuidó de él por nueve días. Primero, improvisó una cama con una caja de zapatos cubierta por una vieja polera y dejó reposar al pequeño gato gris, que maulló toda la noche. El primer día intentó alimentarlo con leche tibia, solo para ser arañada por sus pequeñas garras. El segundo día logró bañarlo y quitarle algunas pulgas. El tercer día, lo alimentó con trocitos de atún hasta que se quedó dormido. El cuarto día, limpió sus desechos que había dejado desparramados por su habitación. El quinto día se horrorizó al descubrir que había mordido el cargador de su celular. Al sexto día, durmieron juntos por primera vez en la cama de Sammy. El séptimo día, lo llevó a conocer el patio, aprovechando que había parado de llover un rato. En el octavo día, el gato ronroneó como nunca y se dejó acariciar por toda la familia de Sammy. Y en el noveno día, viendo que la lluvia no cesaba, se quedaron frente a la estufa hasta el anochecer, donde se quedaron dormido.

Al día siguiente, el que sería el décimo día, cuando las nubes despejándose anunciaban el fin del temporal. Sammy se despertó por lo rayos de sol que se ondulaban por su ventana entreabierta, solo para descubrir que el pequeño gato se había escapado. Esa mañana soleada

brillante, buscó por toda la casa y el patio, pero el gatito se había ido sin dejar rastro. Se quedó en el umbral de la puerta, mirando al cielo despejado, sintiendo una mezcla de pérdida entrelazada con una extraña calma, como si supiera que algún día se volverían a ver.

Sammy al despertar, sintió una nostalgia profunda y una conexión inexplicable con el anillo de amatista que tenía en su dedo anular izquierdo. Ella sentía que, con el anillo puesto, su mente, generalmente desorganizada y desconectada, lograba una sinergia con su cuerpo que no podía explicar, solo sentir. Era como una corriente de energía que la volvía más consciente de su presencia y de sus movimientos. Noto que sus reacciones eran cada vez más precisas y certeras, desconcertando a todos sus conocidos por igual. Lo cierto es que, para Sammy, los primeros días fueron de ensueño, la certeza de hacer cada movimiento de su cuerpo, la hicieron sentir como una mujer elegante y refinada en vez de la chica torpe y desafortunada de siempre.

Pero al cabo de unos días noto como su siempre optimista visión del mundo cambiaba poco a poco. Un par de semanas después del extraño encuentro con el gato blanco de ojos negros, Sammy comenzó a notar algo peculiar: su torpeza habitual si bien parecía haber disminuido, no es como si se hubiera vuelto completamente coordinada, pero los accidentes eran menos frecuentes. Ella misma trato de no darle mucha importancia al cambio, pero sus compañeros de trabajo y los clientes habituales del restaurante empezaron a notarlo y comentarlo. La situación alcanzó un punto culminante una tarde tranquila en el restaurante, cuando Sammy llevaba varios platos sin derramar ni romper nada.

Sin embargo, Sammy comenzó a sentir una profunda melancolía. Aunque ya no era la camarera torpe que solía ser, la ausencia de su habitual desatino la hacía cuestionarse si, en realidad, su mayor cualidad había sido su falta de destreza. Mientras se movía por el restaurante con una gracia nueva y una precisión desconcertante, no podía evitar preguntarse si había perdido una parte fundamental de sí misma al volverse menos torpe. Observaba cómo su agilidad, perfeccionada con el tiempo, contrastaba con la imagen que aún tenía de sí misma.

Aunque sus movimientos eran ahora precisos y fluidos, una parte de ella seguía aferrada a la sensación de torpeza que había sido su compañera durante años. La transición de su antigua inseguridad a su nueva destreza no fue instantánea; la sombra de su pasado a veces nublabo sus logros presentes, dejando un eco de la ineptitud que había definido gran parte de su identidad.

El cambio en Sammy no pasó desapercibido para sus colegas y clientes. Aunque al principio se celebró su nueva habilidad para servir los platos sin derramar ni romper nada, pronto comenzaron a notar que su torpeza, que había sido una fuente constante de entretenimiento y risas, estaba

ausente. Los clientes echaban de menos los simpáticos incidentes de Sammy y los compañeros de trabajo, acostumbrados a sus accidentes y a la forma en que solía enfrentar sus desastres con una risa alegre, sentían que algo esencial había cambiado en el ambiente del restaurante. Ciertamente el ambiente se notaba más monótonamente ordenado en vez del caótico orden que traía la presencia torpe de Sammy.

La Tía, que siempre observaba todo desde su rincón, notó el cambio en Sammy, y no dijo nada hasta que vio una ligera tristeza en sus ojos. Así que, en un turno nocturno, se acercó a Sammy mientras ella limpiaba una mesa. Había un aire de curiosidad en su voz.

—¿Qué es lo que pasa, niña? Se comenta que ya no andas tropezando con todo. Hasta algunos dicen que ya extrañan tus desastres naturales —dijo la Tía con una sonrisa medio oculta. Sammy levantó la vista, sintiéndose algo interpelada por el comentario de su jefa. Las luces suaves del restaurante creaban un ambiente cálido, y el murmullo de los últimos clientes llenaba el aire.

—¿De verdad? No sé, Tía. Supongo que... simplemente he tenido suerte últimamente —respondió, encogiéndose de hombros con una sonrisa nerviosa, mirando de reojo su anillo de piedra amatista—. Creo que es raro ya no serlo.

La Tía la miró detenidamente, luego se sentó en una de las sillas, algo poco común para ella, indicando que tenía algo serio que discutir.

—La suerte es solo una palabra, Sammy. La mayoría de la gente cree que depende de uno mismo, pero yo siempre he pensado que es más bien una cuestión de perspectiva, de estar en lugares precisos y momentos oportunos —comentó, mirando fijamente el anillo de amatista en el dedo de Sammy, aunque no lo mencionó directamente.

Sammy, algo confundida, se sentó también, sintiendo que la conversación tomaría un giro más profundo.

—¿Cómo es eso, Tía? —preguntó, interesada.

La Tía se sentó en una silla junto a la mesa que Sammy estaba limpiando y comenzó a hablar con una voz más suave de lo habitual.

—Este restaurante, como su nombre indica, ha pasado de tía a sobrina por generaciones. Es una tradición en nuestra familia. Ninguna madre o abuela ha dirigido este lugar. Solo las solteronas, esas sin hijos y con mucho tiempo libre, han tenido el "lujo" de poder hacerlo. Mi tía me lo dejó a mí, y su tía a ella, y yo... bueno, no tengo hijos, ya no los tuve.

Solo sobrinos, algunos más cercanos que otros.

Sammy asintió, escuchando atentamente. Nunca había oído hablar a la Tía sobre su familia o la historia del restaurante. Mientras la Tía hablaba, Sammy observaba las paredes llenas de fotografías antiguas, algunas en blanco y negro, que contaban la historia del lugar.

—Recuerdo cuando empecé aquí —continuó la Tía—. Yo era joven, un poco más joven que tú y, a veces, torpe en mi forma de manejar las cosas. Pero con el tiempo, me di cuenta de que lo importante no es solo cómo hacemos las cosas, sino la pasión y el corazón que ponemos en ellas.

La Tía miró a Sammy con una expresión comprensiva.

—Sammy, tu torpeza es parte de tu encanto, pero también tu dedicación y tu pasión por ayudar, todo eso forma parte de quién eres. Tu valor no está en los accidentes que has tenido, ni en las risas que provocaste, sino en cómo enfrentas la vida.

Sammy no supo qué decir, así que solo siguió escuchando, sintiendo una mezcla de gratitud y melancolía. Nunca había pensado en su lugar en el restaurante o en la vida de la Tía de esa manera. Se preguntaba si la Tía también había sentido esa lucha interna entre ser útil y ser un estorbo.

—Recuérdalo Sammy, tu suerte la decides por lo que haces, no por lo que te pasa, mi niña —dijo la Tía mientras sonreía, una expresión poco común en ella. Sammy se sintió conmovida por las palabras de la Tía. Un nudo en la garganta y una punzada en el corazón, queriendo llorar, pero encontrando consuelo con una sonrisa y silenciosa entre ambas.

Antes de volver a la cocina, la Tía se detuvo y miró a Sammy una última vez.

—No pierdas ese anillo, Sammy. Es un bonito presente.

Sammy miró el anillo de amatista en su dedo, recordando el extraño encuentro con el gato.

Sabía que había algo más en esa historia, algo que aún no comprendía del todo. Pero por ahora, estaba agradecida por las palabras de la Tía y la oportunidad de seguir adelante, con o sin torpeza.

Esa noche, al salir del cierre, Sammy se devolvía a su casa por la ciudad bulliciosa que la envolvía con sus luces y sonidos. La lluvia había cesado, y las calles estaban húmedas y brillantes bajo las luces de los faroles. Mientras caminaba, sus pensamientos estaban en el anillo de amatista, que aún llevaba con ella. Se preguntaba sobre cuánto habían cambiado las

cosas en un par de semanas, y si seguirían cambiando. Entonces, de repente, vio al mismo gato blanco misterioso en la calle de enfrente, observándola con sus ojos negros brillantes. Sammy se sintió aliviada y emocionada al verlo de nuevo.

Decidió cruzar la calle para acercarse al gato, pero al dar el primer paso, el felino también se movió, dirigiéndose abruptamente hacia el medio de la carretera. Mientras se apresuraba a salvar al gato, el tiempo pareció ralentizarse. Cada segundo se estiraba, cada movimiento se volvía lento y pesado, como si tratara de encontrar alguna fuga, alguna vía de escape, pero no lograba hallar ninguna. Pensó en cómo su vida había cambiado en tan solo un par de semanas, en cómo toda la destreza del mundo parecía servir solo para esto: para salvar a un gato de ser atropellado. Al final, seguía siendo una tonta torpe, incluso hasta en ese instante, pero al menos podría salvar algo.

Con el corazón acelerado y el miedo apoderándose de ella, Sammy corrió tras el gato, ignorando el tráfico que se aproximaba. En la penumbra, la figura del gato se desdibujaba mientras un taxi se acercaba rápidamente. Sammy se lanzó hacia el gato en un último intento de evitar el desastre. La visión del taxi se volvió borrosa, y antes de que pudiera reaccionar, sintió una fuerza poderosa agarrándola y apartándola del peligro. El mundo se convirtió en un torbellino de luz y sonido. En ese momento crítico, el anillo de amatista se le escapó de la mano y desapareció en un destello de luz. El miedo y la desesperación la envolvieron mientras alguien apareció como un rayo en la oscuridad, sacándola del peligro y llevándola a un lugar seguro.

Sammy al despertar, en lugar de dolor, sintió una extraña energía envolviéndola. Cuando abrió los ojos, estaba recostada en el asfalto, aparentemente ilesa. El taxi había frenado bruscamente, y el conductor, visiblemente angustiado, se bajó del vehículo para asegurarse de que ella estuviera bien. Sammy, tratando de calmar al conductor, le aseguró que estaba bien. El taxista, visiblemente preocupado, se disculpó nuevamente antes de regresar a su taxi y alejarse lentamente.

Confundida y aturdida, Sammy miró alrededor para ver si el gato aún estaba cerca, pero no lo encontró, lo que la alivió. Fue entonces cuando levantó la cabeza y vio a su figura salvadora: a chica de rostro fino, con el pelo color avellana y ojos celestes, vestida con un polerón turquesa. De su cuello colgaba lo que parecía ser una pata de conejo.

—Parece que fui más rápida que el taxi —dijo la joven, mientras ayudaba a Sammy a mantenerse en pie—. Creo que tuviste suerte esta vez, camarera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sammy, todavía aturdida.

—Me llamo Hazel —respondió la joven, con una sonrisa enigmática—. Botaste un café en mi mochila cuando fui a buscar un reparto.

—Ah, es cierto. Eres la repartidora del viejo Matus, la que se va corriendo —dijo sorprendida Sammy, asimilando apenas lo que acababa de suceder. Sin embargo, en ese instante, sintió una ligera presión en su dedo anular. Al bajar la mirada, vio que el anillo de amatista le apretaba más de lo usual. Frunció el ceño, extrañada, y fue entonces cuando notó que una de las nueve piedras amatistas que adornaban el anillo se había vuelto negra, como si la luz en su interior se hubiera extinguido, apagándose como una vela.

El corazón de Sammy dio un vuelco. Era como si una parte de ella, una que no comprendía del todo, hubiera desaparecido en ese momento. La sensación de pérdida era extrañamente familiar, pero no podía precisar por qué.

Mientras caminaban, Sammy se negó a ir al hospital, asegurándole a Hazel que estaba bien.

Sin embargo, su mente divagaba. No podía dejar de preguntarse qué habría sido del gato. ¿Por qué había cruzado hacia ella? ¿Lo hizo para que ella se abalanzara o había algo más? Esa incógnita rondaba su mente mientras caminaba al lado de Hazel, y algo en su interior le decía que situaciones como esta serían algo común de ahora en adelante.

Hazel notó la mirada de Sammy en el anillo y sonrió levemente, como si supiera más de lo que decía.

—Quizá tienes nueve vidas, camarera —dijo Hazel, con una mirada que destilaba misterio.

—Yo soy Sammy —respondió la camarera, usando un tono gracioso para apaciguar el ambiente tenso. Sin embargo, en el fondo sabía que su vida había cambiado de manera irrevocable; algo se había consumido esa noche. Tal vez una de sus "nueve vidas", o quizás solo un pedazo de su antigua torpeza.

—Tú y yo tenemos mucho que hablar, Sammy —dijo Hazel mientras se abrochaba los cordones de sus zapatillas—. No tienes ni idea de lo que pasa en esta ciudad. Así que vamos a comer pie de limón; hay una tienda que cierra hasta tarde. Yo invito.

—¡Qué suerte! —contestó Sammy, feliz—. Me gusta el pie de limón.

Fin.